

CAPITULO II.-DE NUEVO EN MONTERREY

OTRA VEZ en Monterrey, a donde don Gabriel y su familia habían llegado el 14 de diciembre de 1921, consigue él de inmediato su reingreso a la *Maestranza*, que en ese año había alcanzado ya su mayor producción después del año de 1916, en que había reanudado poco a poco sus trabajos.

Por su parte, don Ramón, que estaba ansioso ya de ingresar a una escuela oficial, lograba su propósito al ser admitido él y su hermano Gabriel Jr., en la Escuela Oficial Núm. 7, mejor conocida como la Escuela "Zaragoza", a partir del 2 de enero (lunes) de 1922, entrando él a segundo año y su hermano a primero. Dicha escuela estaba en la esquina sureste de las calles de Zaragoza y Tapia y era Director de la misma el Profr. Juan F. Escamilla. La maestra de don Ramón se llamaba Lilia Moya.

A pesar de que el año escolar estaba ya muy avanzado, los dos hermanos consiguen aprobar fácilmente el curso, y el 16 de junio del mismo año, concluían sus estudios en dicha escuela.

Sin embargo, la mira de don Ramón estaba en conseguir que su padre lograra el ingreso de él y de su hermano a la Escuela Primaria (mixta) que la Fundidora mantenía para sus empleados y obreros y la cual gozaba de mucha fama; inclusive se

decía que era muy estricta, al grado que al que venía de una escuela oficial por lo general lo hacían, cuando menos, repetir año, por lo que don Ramón principalmente, tuvo que prepararse muy bien, ya que del 3er. año en adelante, —se decía— era lo más duro y tenía que pasar examen de admisión, el cual pasó sin mucha dificultad, principiando desde luego a destacar en sus estudios y obteniendo las máximas calificaciones y los primeros premios de ahí en adelante, hasta el 6o. año.

Su hermano Gabriel y su hermana Carmela después no le irían a la zaga. La maestra de don Ramón en 3er. año fue la Srita. Cecilia Treviño, y en 4o. y 5o. año lo fue la Srita. Raquel Cantú Leal; ambas viven actualmente; en 6o. año, fue su maestro el Profr. Simón Salazar Mora, Maestro Emérito de la U. A. N. L., posteriormente, y quien apenas falleció en diciembre de 1984.

Don Ramón considera que en su formación influyeron mucho, principalmente, la Profra. Raquel Cantú Leal y el Profr. Simón Salazar Mora, ya que una y otro, en diversas formas, buscaban estimular sus facultades.

De la Profra. Raquel guarda aún don Ramón un pensamiento, escrito de puño y letra por dicha maestra, que textualmente dice: *Ramón, los honores y los triunfos los reserva el destino a los que en la vida se han esforzado por ser hombres de provecho. Sé pues tú animoso y si mañana los hombres no saben premiarte como mereces, no te desalientes, que la mayor gloria es haber cumplido con nuestro deber, tu maestra Raquel Cantú Leal . . . junio de 1926.*

De su paso por dicha escuela, son muchas las cosas que de don Ramón pueden escribirse, páginas en su mayor parte inéditas de la vida de nuestro personaje: *Cárdenas Coronado* —escribe en años relativamente recientes el Profr. José Navarro,

desaparecido periodista—, *abrevó en la fuente cristalina y rumorosa de la Escuela Adolfo Prieto —como se llamó después— de la Fundidora.*

En esa heredad educativa que mira a los Altos Hornos, hizo realidad aquellos sencillos consejos del ilustre maestro —inspector de Escuela— don José G. García: “una hora de estudio bien aprovechada, te vale más que una bolsa repleta de oro”, o esa espiga de Ruta de Vida que dice: “no hay riqueza, ni más duradera, ni más útil que la riqueza del saber” . . .*

En la añoranza, en las albas de oro del recuerdo y de la gratitud, su director, el Profr. Simón Salazar Mora (q.e.p.d.), las abnegadas maestras: Raquel Cantú Leal, Cecilia Treviño, . . . y un busto de bronce, en respetuoso atributo a don Adolfo, el artífice de una industria, —signo de México—, y un busto en bronce, en respetuoso tributo a don Pepe, el maestro insigne.

Ahí le dieron cauce seguro y protegido a ese caminante que ha dejado su palabra y su texto en los centros educativos de tantos países de Europa, de Norte y Sudamérica y del Caribe y de todos los rincones de la provincia mexicana . . .

Cabe reproducir aquí la parte final del artículo del Profr. Navarro en el cual expresa: *Pero . . . haga usted, don Ramón, un reencuentro con su infancia, un recodo en su camino. Será útil para sus alumnos la lección de los años de la escuela. La página romántica lo envuelve todo en la magia de las añoranzas: santo y seña de maestros olvidados, las “vaciadas” en los graseros de la “Maestranza”, que iluminaban los perfiles épicos del Cerro de la Silla. Escriba usted una y muchas páginas de aquellas lejanas jornadas, cuando el hombre —niño entonces—,*

* “Ruta de Vida” y “Páginas del Corazón”, son dos libros del Profr. José G. García, los cuales guarda todavía Don Ramón, dedicados por su autor.

quedaba absorto en la contemplación estética de sus propias inquietudes.

Será, entre sus lecciones ejemplares, su mejor lección . . . (J. N.).

Fue en esta etapa de su vida, cuando, en un rincón del gimnasio de la escuela, ensimismado, fue sorprendido don Ramón por el Profr. Salazar Mora, repasando un misterioso escrito que luego resultó ser una pieza teatral de los llamados *sainetes* o *juguetes* cómicos. Acercándose el profesor y quitando la libreta a su sorprendido alumno y habiéndolo leído él mismo, le diría: *este sainete será presentado en la escuela tal y como está escrito, sin quitarle ni ponerle nada*. En unas notas de don Ramón, con-signa lo siguiente: *el día 29 (enero de 1926) era presentado con algún éxito "Sandeces de Jeremías" —así se llamó dicha obrita—, habiéndome obligado a salir dos o tres veces al foro y después de muchos aplausos y dianas por varios minutos, fui felicitado por un gran número de personas conocidas . . . ¡qué satisfacción para mis padres! . . .*

Posteriormente don Ramón escribiría otras dos obras semejantes, la última, de ambiente estudiantil, al estar ya estudiando en la ciudad de México, a la cual le llamaría *La Última Broma*.

La facilidad de memorizar entonces de don Ramón, le llevaba a aprenderse trozos selectos y obras en prosa, como en el caso de *La Tormenta* de Cervantes.

Gustaba también leer mucho *El Quijote* y otras de sus obras preferidas eran *Las Aventuras de Telémaco*, los libros del Padre Colomo; los Clásicos y *El Príncipe* de Maquiavelo . . . También algo de historia y mitología.

Su afición a la lectura y su inquietud creadora hizo que don Ramón incursionara también en el terreno periodístico, escribiendo en periódicos y revistas de la localidad (*Colectividad*, de los empleados de Fundidora, entre otros) donde existen aún evidencias de artículos suyos, tales como: *Gastón os envía un mensaje**; *Historia de un Tornillo**; *El Poder de Don Dinero*; *Página del Estudiante* y muchos otros escritos que llamaron entonces la atención a don Eduardo Martínez Celis conocido periodista regiomontano y a don Manuel L. Barragán, a la sazón Director del periódico capitalino *Excelsior*, quienes visitaron o citaron separadamente a don Ramón, para sugerirle que tratara de cultivar dichas aptitudes.

Pero don Ramón tenía otros pensamientos; él quería otra cosa, sin saber todavía, a ciencia cierta, cuál sería su inclinación definitiva . . .

Concluida su instrucción primaria don Ramón ingresó a trabajar como ayudante de trazador al Depto. de Estructura de Fundidora, con un sueldo de \$ 1.20 diarios, pero trabajando 2 horas extras diarias, ganaba \$ 1.80 por día. Poco después pasó al Depto. Técnico de Dibujo de la propia empresa, y en seguida se inscribió en un curso nocturno llamado *7o. Año*, que se impartía en las propias escuelas de Fundidora, donde se daban clases de dibujo, inglés, literatura y otras materias. Luego, no teniendo otras oportunidades de estudio, por falta de recursos, ingresó a estudiar la carrera comercial a la Academia de Comercio *General Zaragoza*, de la cual era director el Profr. don Anastacio Treviño Martínez, gran educador nuevoleonés también, y quien diera elementos muy destacados a la industria, al co-

* Nota del Editor:

Estos artículos los encontrará el lector transcritos al final del presente capítulo.

mercio y a las finanzas de nuestro Estado. Don Ramón guarda también gratos recuerdos de don Tacho.

A fines de 1926, cuando don Ramón iba a completar ya los cuatro primeros meses de estudio en la Academia Zaragoza, la Fundidora convocó a un concurso a los alumnos que habían concluido sus estudios de 6o. año en el último ciclo escolar, con opción a tres becas, indistintamente para las carreras de Ingeniero Mecánico Electricista y Escuela Normal Superior.

Don Ramón fue llamado a concursar y aprobó los exámenes correspondientes, no así el examen médico, en el que fue rechazado; se le atribuyó algo relacionado con el corazón, quedándose con gran decepción a continuar con sus estudios comerciales en Monterrey, aun cuando a partir de ese momento le fue cubierta ya su colegiatura por la propia Fundidora. Don Ramón nunca estuvo convencido de la *incapacidad física* que se le atribuyó. Las becas mencionadas las otorgaba la Fundidora en acatamiento de una disposición de la Ley Federal del Trabajo, sin que las mismas crearan compromiso alguno —decían— para el becario, salvo la de aprobar los estudios, ni para la propia compañía, en cuanto a garantizarle trabajo al pensionado . . .

ARTICULOS PERIODISTICOS